

GREGORIO LEÓN



LA PRINCESA DE  
MACAO

algaida



Diseño de cubierta: [www.agustinescudero.com](http://www.agustinescudero.com)

Primera edición: 2018

© Gregorio León, 2018  
© Algaida Editores, 2018  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
ISBN: 978-84-9067-895-4  
Depósito legal: SE. 2424-2017  
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*A Ella, que me susurra todas estas historias,  
después de pintarse los labios*

*Y a mi familia, donde hay héroes*



# 1.

**T**ODO ESTO PASÓ POCO TIEMPO DESPUÉS DE QUE LA FOTO inmensa de Stalin hubiera desaparecido de los carteles que había colgados en la rambla Méndez Núñez. La almendra estaba por las nubes. Diana apenas había podido pegar ojo durante toda la noche, comida por los nervios. Y la razón no era el precio de la almendra, sino la decisión que había tomado Ramiro. Se la había comunicado la tarde anterior. Él llegó con el pelo revuelto. Lo siento, Diana, no me queda más remedio que irme, es lo mejor para ti y para mí, para los dos, le dijo, sin darle tiempo a réplica. Me están esperando, añadió, justo antes de darle un beso tibio en los labios y perderse por la calle Calderón de la Barca. ¿Quiénes le estaban esperando? ¿Tanto peligro corría Ramiro como para verse obligado a coger aquel barco? Esas y otras muchas preguntas habían rebotado una y otra vez dentro del cerebro de Diana durante toda la noche, en la que no paró de dar vueltas en la cama, y también a la mañana siguiente. Le hubiera gustado que entraran clientes a la confitería, que la tuvieran entretenida, a ver si de esa manera podía espantar los pensa-

mientos sombríos que la acosaban. Pero desde hacía varios días casi nadie cruzaba la puerta de Las Delicias. Alicante se había llenado en pocas horas de una masa sucia de hombres. Se les veía bajar por la rambla Méndez Núñez, como un afluyente, muchos de ellos todavía con las metralletas que traían del frente abandonado, la mirada fija en el mar, en la última esperanza a la que podían agarrarse. Decían que la carretera de Madrid se había llenado de soldados derrotados que solo podían aspirar a llegar al Mediterráneo. Y lo mismo pasaba con la carretera de Ocaña, con el camino de Elche... Diana se preguntaba una y otra vez qué tenía que ver Ramiro con aquellas sombras que arrastraban los pies por la Rambla. Él no había estado en el frente, y no tenía nada que temer. No tenía las manos manchadas de sangre. ¿Por qué quería irse de su lado?

Se habían citado en el muro desde el que arrancaba el paseo de Gómiz, que ellos habían recorrido tantas veces cuando iban a comer al exclusivo restaurante del balneario La Alhambra, donde preparaban un arroz con costra legendario. Al fondo se veía el Benacantil, observándolo todo.

Diana avanzó con mucha dificultad. La masa humana se iba adensando poco a poco, y después de torcer a la izquierda, descubrió el paseo de los Mártires atestado de gente que venía de todos los sitios. El *granadino*, que hacía la ruta desde Andalucía, acababa de llegar a la estación de Benalúa. Nunca había ido tan lleno. Diana consultó el reloj. Eran poco más de las siete de la tarde, y aunque faltaba todavía una hora para encontrarse con Ramiro, ella tenía el presentimiento de que daría con él antes, y de que si estaba tan decidido a irse como le había anunciado el día anterior, ya estaría por el puerto, quizá en

la improvisada aduana. Ese fue su primer objetivo. Pero no lo encontró. La plaza de Joaquín Dicenta estaba a tope. Le llamó la atención ver a una mujer acarreado con dificultad una caja. Diana pudo ver que se trataba de azafrán. ¿Para qué quería esa señora llevarse el azafrán consigo?

—¿Es que nos vamos de excursión, mami? —oyó que le preguntaba a su madre una niña que no tendría más de cuatro años.

Y así anduvo Diana, el corazón latiéndole con fuerza, sin ver un solo rastro de Ramiro, al que finalmente decidió esperar en el punto convenido. Miró de nuevo el reloj. Las ocho menos cinco. Por el horizonte se extinguía un último rescoldo de claridad rojiza. Los minutos se le hicieron interminables. Diana intentaba darle vueltas a la cabeza, buscando por todos los medios una razón tan poderosa que Ramiro, por muy cabezota que fuera, no pudiera rechazar. Una razón para que no subiera a ese barco cuya silueta se iba difuminando conforme la oscuridad se abalanzaba sobre Alicante.

Llegaron las ocho de la tarde. Ramiro no apareció. Diana pensó que le iba a dar algo. Las piernas le temblaban. Le faltaba el aire. Un minuto, otro minuto... Hasta que, abriéndose paso a empujones, lo vio llegar. Iba incluso más desastrado que ayer, con el mentón sombreado por la barba no afeitada y cercos de cansancio bajo los ojos. Y sin embargo estaba más guapo que nunca. Con aquellos ojos verde azul que lanzaban destellos magnéticos. Con aquel pelo suavísimo en el que Diana metía sus dedos para jugar con él. En una mano sostenía el boleto de embarque que le habían dado en la Comandancia Militar. Ella se dio cuenta de que con la otra sostenía una bolsa de tela llena de piezas de cubertería, pero no le quiso preguntar por qué las había traído.

—Lo siento, cariño. No he podido llegar antes.

Y ella no le respondió. O no lo hizo con palabras, sino dándole un abrazo que quiso interminable. Ramiro notó cómo sus brazos le temblaban y lo apretaban con una fuerza que jamás imaginó en su novia.

—No puedes irte, no te vayas, por favor.

En sus ojos Ramiro leyó la desesperación del náufrago. ¡Cuánto quería a aquella mujer, Dios! Hizo un esfuerzo para que las lágrimas no acudieran a los suyos. Él no podía mostrarse débil, no podía incrementar el dolor de Diana con sus lágrimas. Ni siquiera él tenía derecho a llorar. Es curioso, él había visto escenas dramáticas en la Casa de Socorro. Imágenes imborrables. Mujeres que llegaban sin un brazo que habían perdido en el segundo bombardeo que sufrió el Mercado Central, arrasado por los Savoia de la aviación italiana. Cuerpos abiertos en canal. Pero dudaba de que su dolor, el de separarse ahora de Diana, fuera inferior. No era físico. Era mucho más que eso.

—Diana, pronto estaré de vuelta, mi amor, mucho antes de lo que tú crees. En unos pocos meses todo se habrá arreglado, mi amor, hazme caso, que me volverás a ver antes de lo que tú crees.

Ella negaba con la cabeza. No iba a creerlo. Quería replicarle, soltarle las razones y argumentos que había preparado apresuradamente en las últimas horas para quitarle de la cabeza la idea de que se marchara, que realmente no corría peligro, que todo eso de que si se quedaba podía terminar en una cárcel o frente a la tapia de un cementerio no eran sino figuraciones suyas, pero las palabras no le salían, se le quedaban atascadas en la garganta. Ramiro le besó los labios temblorosos. Sintió el sabor de las lágrimas que resbalaban por el rostro de su novia.

—No tengo más remedio que irme. Me pasé muchas horas allí en el hospital del Socorro Rojo aplicando todos los co-

nocimientos médicos que he aprendido, porque precisamente para eso me hice médico, y esa era mi obligación. Pero ahora las cosas han cambiado, ¿entiendes?

Ella siguió negando. No estaba en condiciones de entender nada. Simplemente se dejó arrastrar por él, que la cogió de la mano, y los dos fueron avanzando entre el gentío que se apiñaba junto a la dársena. La operación de embarque ya había comenzado hacía más de una hora. El Stanbrook negreaba de manchas humanas. ¿Cuánta gente había subido ya al barco? ¿Mil? ¿Dos mil personas?

—Van a levantar la pasarela. El capitán ha dicho que ya no puede entrar más gente. Van a levantarla.

El rumor se extendió por el muelle. Diana y Ramiro se miraron. Ella lo miró con ojos en los que volvía a brillar un punto de luz. Sí, esa era una señal. Que el capitán levantara la pasarela. Mejor quedarse en tierra, mejor que subir a ese barco que podía naufragar en cualquier momento por culpa de aquella carga excesiva que no podría soportar.

—Gonzalo, que es tu amigo y mi amigo mucho antes incluso de que tú lo conocieras, me ha avisado. Forcade va a por mí. Con todo lo que he hecho por él, y ahora va a por mí. Si me quedo aquí me van a encerrar, e igual algo peor. Tengo que subir a ese barco como sea.

Ramiro le habría contado eso a Diana en ese instante, le habría soltado esa frase y otras muchas para que entendiera que no tenía opción, que embarcar en el Stanbrook era cualquier cosa menos un capricho. Pero no era momento de explicaciones. El pánico se extendió por el muelle. La única que parecía alegrarse de que la pasarela de acceso al barco se levantara era Diana. Gritos de protesta, de horror. Alaridos. Una maroma que fue lanzada desde cubierta, y a ella se aferró desesperadamente un hombre que intentaba trepar por el cas-

co del barco. Y Diana se sentía feliz, la angustia le concedía una tregua, sus dedos entrelazados a los de su novio, creyendo que iba a disuadirlo, que iba a convencerlo, que él también había interpretado exactamente igual que ella que aquella decisión del capitán de que no embarcar más gente era una buena señal.

Se escucharon unas explosiones, que parecía que procedían del castillo de Santa Bárbara, donde estaban instaladas las baterías antiaéreas, o quizá venían de la azotea del hotel Palas, que no estaba muy lejos de allí. La confusión aumentó y se produjo un tumulto entre todos los que estaban aguardando. El miedo no era a las bombas, sino a quedarse allí, atrapado, el miedo que también leyó Diana en los ojos de su novio, y le apretó bien fuerte las manos, quería tranquilizarlo, decirle con ese gesto que no pasaría nada, que le hiciera caso, que ella lo iba a proteger y a cuidar, porque había venido al mundo expresamente para eso, su tarea no era preparar almendrados o cocas de mollitas, o pastelillos de cabello de ángel, sino cuidar de él, y ahora con más motivo. Y le apretaba tanto en las manos como para incluso hacer daño a Ramiro, que negaba con la cabeza, angustiado, viendo que la pasarela se levantaba y que él se quedaba allí.

—¡Mami! ¿Es que ya no nos vamos de excursión?

Pero la pasarela, cuando parecía que iba a levantarse del todo, volvió a su posición inicial, desplegándose para permitir que más pasajeros accedieran al barco. Y el Stanbrook fue aceptando resignadamente hombres y más hombres. Uno de ellos fue Ramiro.

—Hasta pronto —fue lo último que le dijo a Diana, y no se atrevió a darle un beso en la boca, no fuera a ser que con ese beso las fuerzas le fallaran, que el calor que solo encontraba en los labios de Diana le hiciera cambiar de opinión, que un beso,

un solo beso le obligara a renunciar a aquella que parecía la única salida, escapar de la ratonera en la que se había convertido el puerto de Alicante.

Apenas había iniciado el Stanbrook el movimiento de salida por la bocana del puerto cuando Diana se vio obligada a levantar los ojos hacia el cielo. Una bandada de aviones sobrevolaba el paseo de los Mártires. El silencio era total, como el que se produce en mitad de un entierro. No se oía nada, ni siquiera el llanto de los niños. Diana no supo si era real o figuras suyas, dictadas por la falta de sueño y los nervios, pero a sus oídos llegó el canto de la *Giovinezza*.

Al día siguiente, poco después de rayar el alba, las tropas italianas de la División Littorio, con sus motos y tanquetas, entraron en la ciudad.

El Stanbrook estaba perdido en medio del mar.



## 2.

**E**RAN ITALIANOS. CANTABAN Y GRITABAN QUE LO SIGUIENTE que iban a hacer era conquistar París. Había chicas que habían sucumbido a sus encantos, a sus zalamerías, tan dulces y simpáticos como parecían, pero a Diana no le hacían ninguna gracia. Los atendía en Las Delicias con la mayor profesionalidad posible, ignorando los piropos que le prodigaban. Al principio, los primeros días, se dejaron caer por la confitería, un poco despistados. Un día venía uno, al otro día aparecía otro. Pero de pronto el número aumentó, y ya eran grupos los que se acercaban a Las Delicias. Entre ellos se había corrido la voz de que en una tienda de la Rambla podían encontrar tras el mostrador a una dependienta muy guapa, de pelo negro y facciones muy finas. Y allá que iban. Lo de menos, por supuesto, eran los dulces, aunque poco a poco también se fueron aficionando a ellos. Lo más importante era verla a ella.

—*¡Ragazza bella!*

Pero ella nunca les regalaba una sonrisa. Se limitaba a cobrarles el dulce que habían elegido. Y aunque tenía que ad-

mitir que algunos eran apuestos, ninguno se parecía a su novio, que además, era mil veces más educado. Ramiro era mucho Ramiro. Lástima que ahora no estuviera con ella.

—¡Vente, *ragazza*, que ahora nos toca conquistar París! ¡París, *ragazza bella*, París!.

En vez de salir a la calle, preferían comerse los almendrados o las toñas de miel allí, mirándola. Eran jóvenes y un poco alborotadores, y aunque seguían llevando las camisas negras que relucían al sol que bañaba cada uno de sus desfiles, y de vez en cuando gritaban *¡Tutti i rossi saranno fucilati!*, ahora no estaban serios, en actitud desafiante, y se relajaban y gastaban bromas y galanterías con esa española tan guapa.

—*¡Ragazza bella!* ¡Vente con nosotros a París! ¡Venga, que ahora nos toca conquistar París! ¡Nadie nos puede parar, somos campeones del mundo, dos veces campeones del mundo!

El turrón de piedra llenaba una de las bandejas. Tuvo que reponerlo, porque la primera bandeja había volado, literalmente. Los italianos eran golosos. También les encantaban las *pastissets d'ametlla* que tan bien le salían.

Uno de ellos, que siempre le sonreía bobaliconamente cada vez que la veía, como hipnotizado por una belleza nunca vista, se acercó sigilosamente al mostrador, se quitó de la boca el cigarrillo Tres Estrellas que llevaba en la boca, y con mucha ceremonia colocó encima una cajita pequeña, de cartón, y le pidió a Diana que la abriera. Ella no le hizo caso, y se fue a comprobar cómo iban los almendrados que tenía metidos en el horno. Les faltaban todavía unos minutos para quedar perfectos. Cuando volvió, el italiano seguía allí, insistiendo, apremiándola de tal manera con la mirada que no tuvo más remedio que complacerlo.

Abrió la caja. Dentro había un anillo de compromiso.

Al descubrirlo, todos los demás se pusieron a cantar, celebrando la ocurrencia de su compañero.

—*¡Sei sempre nel mio cuore, nel mio pensiero, sei il mio amore!*

Pero las canciones y las voces bajaron de volumen, hasta convertirse en un rumor. El motivo fue que en la confitería había entrado un hombre. Se llamaba Forcade. Era más alto que casi todos ellos. La camisa azul le daba una apostura que solo tienen los ganadores. Se abrió paso entre los italianos, hasta dar con el que estaba todavía junto al mostrador, esperando la respuesta de Diana. No era cuento. Aquel tonto estaba pidiéndole con el anillo que se casara con él. Pero la única respuesta que tuvo no se la dio Diana, sino un hombre, el que llevaba la camisa azul. Le dio un par de bofetadas y luego agarró con unos dedos que parecían garras la cajita donde iba el anillo, y se lo metió en el bolsillo.

—Venga, fuera de aquí. Circulando.

No los tragaba. Se las daban de que habían tomado Alicante. Pero sin la ayuda de hombres como él, que prepararon el terreno y trabajaron silenciosamente, jamás podrían haber cruzado triunfales la avenida Zorrilla con sus unidades motorizadas. Sin rechistar, uno a uno, fueron abandonando la confitería de Las Delicias. No querían tener ningún problema con Forcade.

—Son unos ladrones. Están dragando el mar, sacando las joyas que la gente tiró al mar. Y en vez de devolvérnoslas, se las quedan, los muy cabrones. Anda, ponme unas toñas. Y también dos o tres acaramelados. Veo que te han salido de maravilla.

Diana obedeció.

—Oye, tenía una pregunta para ti. Y espero que seas muy sincera al responderme.

—¿Qué pregunta?

Pero Forcade no respondió de inmediato. Prefirió coger uno de los dulces que la mujer le había seleccionado. Lo estuvo saboreando durante casi cinco minutos, disfrutando con el nerviosismo que empezaba a culebrearle a Diana por dentro. La conocía desde hacía demasiado tiempo como para no saber interpretar sus reacciones. Se limpió restos de azúcar de la comisura de los labios con un pañuelo que sacó del pantalón, y solo entonces lanzó la pregunta.

—¿Dónde está Ramiro?

Diana respondió, dándole el mayor vigor posible a sus palabras.

—Subió al Stanbrook, y después nada he sabido de él.

—No te creo.

—Es la verdad. Y tienes que creerme.

—Debo encontrarlo.

—¿Por qué?

—Para protegerlo. Sí, sí, no me mires así, para protegerlo. En esta España nueva del Caudillo queremos hacer las cosas bien hechas, pero alguna vez puede ocurrir que paguen justos por pecadores. Si Ramiro está lejos, no podré interceder por él, no podré evitar que le pase algo malo, porque igual se ve en un aprieto del que no pueda salir. Quizás a otros no les servirá el perdón, pero a él sí, porque es un amigo el que se lo pide y el que se lo va a aceptar.

Diana lo miraba con escepticismo. Forcade se dio cuenta.

—¿No me crees? ¿Tú también te has creído esta historia, esa leyenda mía que circula por ahí? ¡Por Dios, Diana! ¿Cómo puedes pensar eso?

—Yo no sé nada de eso. No entiendo de política.

—Sí, claro que te has creído esa película. Pero ¿cómo puedes pensar eso, Diana? ¡Yo era amigo y quiero seguir siéndolo de tu novio!

Diana aprovechó para girarse y a ordenar una bandeja de coquitos, sequillos y escarchados que tenía detrás. Conocía los ojos inquisitivos de Forcade y sabía que podía leer en los suyos la mentira. Ella sujetaba una coca de mollitas. Hacía esfuerzos porque las pinzas no se le escurrieran entre los dedos.

—Te lo voy a preguntar una vez más, Diana. ¿Dónde está Ramiro? Nada que se logra con la fuerza puede ser justo. Por eso prefiero que él venga, sin que vaya nadie a buscarlo. ¿Dónde está?

—No tengo ni idea, de verdad.

—Nunca debió subir a ese barco. Igual que nunca debió trabajar para el Socorro Rojo. Con lo listo que era cuando empezó la carrera, coño. ¿Tú no le dijiste que era un error?

—No sé dónde está, Forcade.

—El barco llegó a Orán. Y todos los pasajeros están ubicados. Todos, menos Ramiro, que ha huido, según han concluido los servicios consulares que tenemos en el extranjero, y que son excepcionalmente eficaces. ¿A que no sabes quién subió también a ese barco? Alejandra.

—¿Alejandra? ¿Quién es Alejandra?

—¿No te habló de ella Ramiro? ¿Nunca? Pues una mecanógrafa de Madrid. Decían que tenía muchas pulsaciones, y a lo mejor era verdad, porque a Ramiro sí que le aceleraba las pulsaciones. ¿Nunca te habló de ella? Vaya. ¡A lo mejor es verdad que no sabes todo alrededor de tu novio! No, no debió subir a ese barco, no sé quién le metió el miedo en el cuerpo de que quedándose aquí corría peligro. No, es precisamente justo lo contrario. Aquí en Alicante tendría mi protección. Y solo por eso lo estoy buscando. ¿Cómo puedes creer que yo le pueda hacer daño? ¡Pero si mi abuela le preparaba la merienda, con rebanadas de pan que llenaba de leche condensada! ¡Y luego nos pasábamos las tardes jugando a las chapas o al

tranco a la salida del colegio, por San Blas, o nos íbamos a Las Carolinas! Y disculpa si me he exaltado, pero espero que me puedas entender.

—No te preocupes, estás disculpado.

—Por cierto, tengo una curiosidad. ¿Quién te trae los sacos de harina? Mientras los panaderos la buscan desesperadamente, a ti no te falta. Basta con mirar las bandejas de dulces de tu confitería. Alicante pasa hambre, pero a ti no te falta la harina. ¿Cómo es ese milagro?

Diana se sintió atemorizada. ¿Es que Forcade la espía? ¿Acaso estaba al corriente de que Gonzalo le robaba provisiones a su propio padre para llevárselas a ella? De nuevo lamentó el empeño de su amigo, el empecinamiento que había mostrado en llevarle hace un par de días tres sacos de harina que metieron en Las Delicias a escondidas. O no tan a escondidas, a juzgar por las palabras de Forcade.

—Siempre hay gente dispuesta a ayudarte —respondió como pudo Diana.

—Sí, es verdad que tú siempre has tenido suerte, he de reconocerlo. A las chicas bonitas todo les resulta más fácil. Los hombres caemos como moscas, y tú has tenido muchos admiradores. ¿O es que no te has dado cuenta de lo que le pasa a Gonzalo?

—¿Qué le pasa?

—Coño, pues que se le cae la baba cuando te ve. El otro día se lo dije y se puso como una fiera.

Un grupo de jóvenes cruzó bullicioso el paseo de los Mártires con un megáfono en mano. Anunciaban a voz en cuello la convocatoria de un acto de homenaje al compañero José Antonio Primo de Rivera, frente al monasterio de la Santa Faz, que al día siguiente se iba a llenar de brazos extendidos. La mirada de Diana se perdió en la silueta del castillo de Santa

Bárbara, que se alzaba imponente. No había querido prestarle oídos a las barbaridades que se decían, que le traía el propio Gonzalo y otra gente, sobre las atrocidades que estaban sopor-tando los desgraciados que habían sido encerrados allí dentro.

—Oye, cuéntame cualquier cosa que sepas de Ramiro, por favor. Y lo digo por su bien, y por el tuyo, por supuesto, no lo olvides. Por cierto, ¿has pensado en mi oferta?

—¿A qué te refieres?

—No te hagas la tonta. Te he dicho más de una vez que pasar tantas horas detrás del mostrador es malo para la circu-lación de la sangre. ¿Nunca te lo dijo Ramiro? ¿No? Me extra-ña. Hasta yo sé eso, que no soy médico.

Diana se limitó a callar. Pasó casi un minuto. Se oyó el estallido de un petardo. O podía ser alguien disparando con un fusil sobre la tapia de un cementerio. La guerra no había terminado del todo.

—Esto es demasiado trabajo para ti. Deberías vender la tienda.

Pero ella nunca la vendería, claro. Sería como traicionar a su padre, que había volcado todos sus esfuerzos en abrirla, colocándola en el mejor sitio posible, la rambla Méndez Núñez, justo frente a la parada del tranvía, y que había sabido establecer los mejores contactos comerciales para que nunca le faltara el género. Almendras de la Vega Baja: la marcona, que siempre conseguía a precios muy interesantes; la mollar, que tam-poco podía faltar, la comuna, la planeta... y por supuesto el chocolate de Villajoyosa.

—Si la vendieras serías feliz, Diana. Estarías mucho más contenta, sin duda.

—Soy feliz.

—No, no lo eres. Sin tanto trabajo en la tienda y con Ra-miro sí serías feliz.

—Te repito que no sé nada de él.

—Piensa en mi oferta. Quizá sea el momento perfecto de vender Las Delicias. Así podrías pisar más la calle. Toma, aquí te pago las toñas y los acaramelados.

Forcade puso dos pesetas encima del mostrador.

—Esto es más de lo que vale.

—No importa. Es una propina. Para veas que soy generoso, y más lo sería si me vendieras la confitería esta. Hasta la próxima, Diana.

Y con el mismo gesto adusto con el que entró en la confitería para echar a los italianos, salió de ella, paseando la bandeja de dulces que acompañaría con una copita de jerez cuando llegara a casa. Pero antes tenía que pasarse por la plaza de toros, a ver si todo estaba como debía estar, como él quería que estuviera. Los comisarios, jefes y oficiales estaban encerrados en el patio de caballos, y el resto de desgraciados, en el ruedo. Forcade había tenido la idea de que fueran vigilados con ametralladoras desde los tendidos, no fuera a ser que alguno se desmandara, y quería comprobar que su orden estaba siendo cumplida escrupulosamente.

Camino de la plaza de toros, divisó un barco en el puerto. Relucía un nombre en su casco: *Süderan*. Afortunadamente, la ciudad de Alicante no se había quedado abandonada a la buena de Dios, y era totalmente natural que le hubieran puesto a una calle el nombre de Von Knobloch, en honor al cónsul alemán. Y en justa correspondencia las autoridades locales habían recibido del cónsul alemán la insignia de honor de las Juventudes Hitlerianas. La semana anterior Forcade había sido invitado a una recepción oficial, y le habían avanzado la llegada de un cargamento de víveres con el que el pueblo alemán quería ayudar. Tenía razón el general Gambara. En Alicante faltaba de todo.